

LA LEYENDA DEL MASCARAT

Allá por el 1800...

En el Barranquet, una partida rural de Altea donde había viñas, olivos y algarrobos trabajaban cinco hombres cuidando de los cultivos. El esmero de su labor iba más allá del pago, estaban muy agradecidos con el propietario, un hombre de gran corazón.

Miguelón se llamaba tal célebre personaje. Junto a su madre mantenían la hacienda, donde los fines de semana invitaban a la gente del pueblo a beber mistela y a bailar hasta que los pies les dolieran. Con guitarra en mano y buena labia, Miguelón entretenía a ricos y a humildes por igual, pues así se lo habían enseñado.

–No todos nacimos con la dicha de tener tierras y renombre. Cuando nos marchamos, se nos valora por nuestros actos no por el peso de nuestros bolsillos – solía decir su madre.

Las mujeres le rondaban, reían sus gracias y bailaban sus canciones, para evitar historias Miguelón siempre las halagaba con una frase: –Todas sois tan guapas que es difícil escoger a una. ¡No me decido!

Aquella mañana el sol brillaba. El canto de los pájaros se mezclaba con el susurro de las hojas mecidas por la brisa. En un día tan bello el infortunio tocó a los portones de la hacienda. La madre de Miguelón descansaba en su lecho, decía estar un poco mareada. Cerró los ojos y nunca despertó.

Con ella la alegría de Miguelón se esfumó. Meses más tarde, después de enterrar a su madre, despidió a los trabajadores y dejó de vender lo que producía. La única compañía que aceptaba era la de *soledad*. En una esquina del salón quedó olvidada la guitarra, sus cuerdas enmudecidas. Los muebles cubiertos de polvo se convirtieron en bultos a los que nadie daba uso. Miguelón solo necesitaba un taburete para sentarse frente al hogar, donde observaba durante horas como danzaban las llamas y, a pesar del buen tiempo, se frotaba las manos enguantadas como si hiciera frío.

De vez en cuando salía para recoger el fruto de sus cosechas, era de lo único que se alimentaba. Los pájaros y las alimañas aprovecharon el abandono para colarse y llevarse algo de comer. En uno de sus recolectas, Miguelón se cruzó con un niño cargado de uvas. Era delgado como una espiga. Lucía una prenda harapienta que apenas ocultaba sus vergüenzas, iba descalzo y sucio. Tenía la cara cubierta de hollín, apenas se distinguían sus rasgos. Asustado por haber sido

pillado robando, el chiquillo dejó caer su botín y salió corriendo antes de que Miguelón pudiera detenerlo.

– ¡Vuelve! ¡Llévatelo si lo necesitas! –Gritó a pleno pulmón.

Pero el niño creyendo que era un truco, no hizo caso.

Miguelón recogió uno de los racimos de uva tirados, contempló en reflexivo silencio la hacienda y las tierras en las que había crecido. Volvió junto al hogar.

Al poco tiempo se descubrió que Miguelón había desaparecido.

∞

En el camino de Alicante a Valencia, en la barrera natural de la sierra de Bernia, se encuentra el llamado paso del Mascarat, conocido así por el infame que acechaba el lugar.

Los comerciantes que atravesaban aquel abrupto paisaje de senda traicionera, temían más por sus vidas que por sus bienes, a los que casi querían por igual. El único camino que existía era estrecho y peligroso y el enmascarado sólo hacía que empeorar la situación para los que por allí pasaban.

Los ricos eran el principal objetivo del misterioso bandolero. Existía todo tipo de historias sobre él. Desde que era Judas hasta hacer referencia al mismísimo demonio, que éste había escapado del infierno para atormentar a los avaros de espíritu. Esto último vino a raíz de los pocos que lo habían visto, señalaron que el bandolero ocultaba sus rasgos tras una máscara de hollín y cenizas.

Las autoridades locales y comerciantes enviaron batidas de hombres armados para cazar al bandolero. Cierta que recorrían la Sierra de Bernia de arriba abajo, pero siempre con infructuosos resultados.

A su vez, en las casas más humildes comenzaron a aparecer monedas delante de las puertas. Algunos del pueblo realmente creían que el enmascarado era Judas el proscrito, que intentaba redimir su traición con las mismas monedas con las que fue pagado. Había quienes afirmaban haber visto una sombra en las noches de luna llena, yendo de puerta en puerta y como luego volvía sumergirse en la oscuridad.

Cuando hombres armados preguntaban por el bandolero, ninguno del pueblo respondía.

Un día casi cogieron al enmascarado, puede que durante el tiroteo lo hirieran, los que lo vieron aseguraron que andaba como si estuviera herido. Aun así no fue fácil seguir su rastro. Lo persiguieron por toda la Sierra de Bernia hasta que de repente perdieron su pista.

Uno de los hombres topó con la entrada de una cueva que cada vez se hacía más estrecha, no se atrevió a entrar pues había que ir encorvado. La tarde cedía paso a la noche. La creciente oscuridad sumada a las leyendas del enmascarado, hicieron mella en el persecutor. Temiendo ser tachado de cobarde, dejó el lugar sin revelar su descubrimiento. Quizá de haberse armado de valor habría encontrado en aquel *agujero* de la Sierra al demonio que buscaba.

Los cinco hombres que habían trabajado para Miguelón, ahora lo hacían para otro propietario, cuyos cultivos no quedaban muy lejos de la hacienda de Miguelón. Siempre que pasaban cerca dirigían sus miradas cargadas de melancolía hacía las tierras donde trabajaron durante años. Ahora estaba en manos del abandono.

Uno de ellos avistó frente a los portones de la casa un cadáver. Corrieron a comprobar de quien era. Estaba boca abajo, ninguno quería darle la vuelta. Cuando se atrevieron, quedaron descorazonados al confirmar sus sospechas, aquel era Miguelón. El horror fue mayúsculo al descubrir que el cuerpo de su amigo estaba casi irreconocible por culpa de la lepra.

Tras la muerte de Miguelón, curiosamente, el bandolero enmascarado cesó sus asaltos y nadie más supo de él.

¿Fue Miguelón el famoso y temido bandolero?

“La máscara que usan determinados hombres puede ser más cerca de la esencia, más adecuada para su ser que la cara que tienen.”

Cita de Lucian Blaga

Sara Herrera

02/03/2018